



PÍO XII Y EL TERCER REICH

SAUL
FRIEDLÄNDER

PENÍNSULA **HUELLAS**

Pío XII y el Tercer Reich

Saul Friedländer

Traducción de Esteban Riambau Saurí

ediciones península

Título original: *Pie XII et le III^e Reich*

© Éditions du Seuil, 1964

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: febrero de 2007

Primera edición en este formato: enero de 2019

© de la traducción del francés: herederos de Esteban Rimbau Saurí, 1994

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

GAMA - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 27.564-2018

ISBN: 978-84-9942-771-3

CONTENIDO

Prólogo a la edición de 2007, 11

Introducción, 15

1. LA CRISIS INTERNACIONAL, 27
Marzo 1939-Septiembre 1939
2. LAS VICTORIAS DEL REICH, 53
Septiembre 1939-Junio 1940
3. LOS PRINCIPIOS DEL NUEVO ORDEN EUROPEO, 75
Junio 1940-Junio 1941
4. EL ATAQUE ALEMÁN CONTRA LA UNIÓN SOVIÉTICA,
LA ENTRADA EN GUERRA DE ESTADOS UNIDOS,
Y LA FASE INICIAL DEL EXTERMINIO DE LOS JUDÍOS, 87
Junio 1941-Diciembre 1941
5. «LA SOLUCIÓN FINAL», 111
Fase 1942-Principios 1943
6. LA SANTA SEDE Y LA POLÍTICA ANTIRRELIGIOSA
DEL REICH, 149
1942-Verano 1943

CONTENIDO

7. LA EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL
Y LA AMENAZA BOLCHEVIQUE, 171
(1942-1943)

8. LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE ROMA Y DE ITALIA, 191
Octubre 1943-Diciembre 1943

9. LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS DE HUNGRÍA, 207
1944

- Nota final, 225*
- Notas, 241*

I

LA CRISIS INTERNACIONAL

Marzo 1939 - Septiembre 1939

I. EL ACERCAMIENTO ENTRE LA IGLESIA Y EL REICH

El 2 de marzo de 1939, el cardenal Eugenio Pacelli, secretario de Estado de Pío XI, es elegido Papa con el nombre de Pío XII. A la mañana siguiente, el jefe del departamento de asuntos vaticanos en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, consejero Du Moulin, preparaba un memorándum sobre las tendencias políticas y la personalidad del nuevo soberano pontífice:

PAPA PÍO XII (CARDENAL PACELLI)

Biografía

2-3-1876	nacido en Roma
1917	nuncio en Múnich cooperación leal en las tentativas de paz del Vaticano
1920-1929	nuncio en Berlín
1929	cardenal
1930	cardenal secretario de Estado viajes a América y Francia

Actitud con respecto a Alemania

Pacelli es considerado como muy amigo de Alemania (*sehr deutsch-freundlich*). Es bien sabido su excelente dominio del idioma alemán. Sin embargo, la defensa de una política ortodoxa de la Iglesia lo ha llevado

en diversas ocasiones a una oposición de principio con respecto al nacionalsocialismo. A pesar de ello, no se le puede reprochar el haber cooperado en la política de fuerza de Pío XI y, en particular, en la preparación de los discursos abiertamente hostiles de dicho Papa. Por el contrario, se ha esforzado en distintas ocasiones en llegar a fórmulas de compromiso y ha expresado a nuestra Embajada el deseo de establecer relaciones amistosas.

Actitud con respecto a Italia

Pacelli se ha mostrado siempre favorable al mantenimiento de buenas relaciones con Mussolini y la Italia fascista. Particularmente durante la guerra de Abisinia, alentó y apoyó la actitud nacionalista del clero italiano. Su hermano contribuyó en forma muy considerable a la firma de los acuerdos de Letrán.

Actitud con respecto a los demás países

No parecen existir nexos políticos entre el nuevo Papa y otros países. Por el lado francés se ha tratado de interpretar los dos viajes de Pacelli a Francia como prueba de una simpatía particular hacia este país. En cambio, nuestra embajada ha destacado el carácter puramente religioso de dichos viajes. De igual modo, sus viajes por América constituyen una manifestación de la política universalista del Vaticano.

Características generales

A juzgar por los informes de nuestra Embajada, Pacelli parece un hombre muy dotado y muy trabajador, de una personalidad considerablemente superior al promedio y con una gran experiencia política; sabe adaptarse a las necesidades de la política que le parece justa, sin prejuicios, y no se opone a los compromisos. Se ha destacado varias veces su susceptibilidad personal, muy viva tanto en lo que concierne a los ataques de la prensa como a las caricaturas, etc.

Las críticas que se le hayan podido oponer durante estos últimos tiempos a causa de su no oposición a la política de fuerza del Papa se han acallado cuando, después de la muerte de Pío XI, ha asumido las

funciones de cardenal camarlengo de modo ejemplar. Se opuso con todas sus energías a la política de los intransigentes y se inclinó a favor de la comprensión y de la reconciliación. Esa actitud ha pesado en su elección.¹

Por lo tanto, en Berlín se sabe que el cardenal que acaba de ser elegido Papa es «muy amigo de Alemania». Se recuerda sin duda que el ex nuncio en Múnich y Berlín fue el iniciador del concordato entre la Santa Sede y el Tercer Reich² y que, cuando se tensaron las relaciones entre la Iglesia y el régimen nacionalsocialista, la actitud del secretario de Estado fue siempre, según los despachos del embajador Bergen, mucho más flexible que la de Pío XI.

Cuando, a partir del otoño de 1933, los nazis empezaron a infringir las cláusulas del concordato, fue monseñor Pacelli quien impidió una protesta abierta de Pío XI;³ un año más tarde, al agravarse la crisis entre el Reich y la Iglesia encontrándose en Buenos Aires el secretario de Estado, Bergen expresa en un mensaje el temor de que sin la presencia moderadora del cardenal el Papa pueda adoptar, con respecto a Alemania, decisiones de consecuencias desastrosas;⁴ unas semanas antes, monseñor Pacelli había intervenido, involuntariamente sin duda, para ayudar a los nazis en su campaña electoral en el Sarre, en vísperas del plebiscito que iba a decidir el futuro de dicha región.⁵ A pesar de las crecientes dificultades con las que, a partir de 1936, la Iglesia tropieza en Alemania, la actitud conciliadora del cardenal secretario de Estado no se desmiente a sí misma. En marzo de 1937 se publica la encíclica *Mit brennender Sorge*, requisitoria contra las teorías neopaganas del nacionalsocialismo y contra las medidas antirreligiosas del Reich.⁶

Algunas semanas más tarde, Pío XI apoyaría abiertamente al cardenal Mundelein, de Chicago, quien había lanzado contra Hitler un ataque de una violencia inaudita; la víspera de la alocución

papal, Bergen fue recibido por monseñor Pacelli y el 23 de julio el embajador mandaba a Berlín lo más esencial de su entrevista:

Las declaraciones que me han sido hechas por el cardenal secretario de Estado durante mi visita del día 16 del corriente se oponen por completo a la actitud del Papa. Era la primera visita que yo le hacía desde mi regreso y la entrevista tuvo carácter privado. Pacelli me recibió con franca amabilidad y me aseguró con insistencia que las relaciones con nosotros debían volver cuanto antes a la amistad y la normalidad. Tal era su empeño puesto que había vivido durante trece años en Alemania y siempre había profesado la mayor simpatía por el pueblo alemán. También estaba dispuesto a entrevistarse en cualquier momento con las personalidades dirigentes, por ejemplo con el ministro de Asuntos Exteriores y el ministro presidente Goering. Yo le expresé entonces mi esperanza de que llegaría el momento en que tal entrevista sería posible. Hablando con franqueza, no la creía factible en aquellos instantes a causa del grave conflicto provocado por la encíclica *Mit brennender Sorge* y por otros acontecimientos, amén de la extraordinaria tensión actual. Al mencionarle la interpretación que de su viaje a Francia había dado la prensa francesa, *Le Journal* y *L'Humanité* por ejemplo, Pacelli me replicó con viveza que el viaje había tenido un carácter estrictamente religioso y que podía asegurarme que se hallaba desprovisto de toda finalidad política. El Vaticano no había tenido nunca la intención de provocar una demostración, ni siquiera indirecta, contra Alemania, y menos aún la de intentar una maniobra de cerco como había pretendido el *Angriff*. Si un día se organizaba en Alemania una fiesta religiosa tan importante como la de Lisieux, asistiría a ella con la mayor satisfacción.⁷

En el mes de abril de 1938, el cardenal Pacelli tuvo de nuevo la oportunidad de expresar su buena voluntad con respecto a Alemania al recibir a Greiser, presidente del Senado de Dantzig, de paso por Roma. El 8 de abril, el secretario de Estado Weizsäcker escribía:

El presidente del Senado Greiser vino a verme durante su viaje de regreso de Roma a Dantzig; quería completar el informe escrito que me había enviado referente a su conversación con el cardenal secretario de Estado con el siguiente informe verbal:

Pacelli le repitió varias veces y con insistencia su deseo de llegar a un arreglo entre el Vaticano y el Reich y llegó a declarar que él, Pacelli, estaba dispuesto a venir a Berlín para negociar si nosotros lo deseábamos.⁸

En su memorándum del 3 de marzo de 1939, el consejero Du Moulin dejaba entrever, como hemos leído, que la actividad conciliatoria del cardenal Pacelli durante las semanas que transcurrieron entre el fallecimiento de Pío XI, el 9 de febrero, y el comienzo del cónclave, le valieron al ex secretario de Estado ser elegido Papa. Estas observaciones parecen confirmadas por una fuente bastante fidedigna: el 2 de marzo, el mismo día de la elección del soberano pontífice, el conde Ciano (ministro italiano de Asuntos Exteriores) escribía en su diario que Pignati di Custoza, embajador de Italia en la Santa Sede, le había dicho la víspera que Pacelli era el candidato favorito de los alemanes.⁹

El 12 de marzo el cardenal camarlengo se convirtió en el Papa Pío XII. Desde su elección hizo todos los posibles para establecer entre el Vaticano y el Tercer Reich la aproximación que él había deseado cuando sólo era secretario de Estado.

El 5 de marzo, el embajador Bergen comunicaba los detalles de su primera audiencia con Pío XII:

El Papa—a quien el sustituto del secretario de Estado se había apresurado, a petición mía, a transmitir las felicitaciones del Führer y canciller del Reich y del gobierno alemán—me hizo saber ayer por la tarde que deseaba recibirme esta mañana.

En el transcurso de la audiencia, y después de haber reiterado yo las felicitaciones, el Papa destacó que yo era el primer embajador a quien recibía. Me encargó expresase personalmente al Führer y canciller del Reich su profunda gratitud, a la que añadía sus votos más sinceros para el pueblo alemán, al que había aprendido a admirar y amar cada vez más en el transcurso de una larga experiencia durante sus actividades en Múnich y en Berlín. El Papa me expresó a continuación su ferviente deseo de paz entre el Estado y la Iglesia; a menudo me lo había expresado cuando era secretario de Estado, pero en su calidad de Papa quería entonces confirmármelo expresamente.

Para caracterizar su postura ante las diversas formas de gobierno, me recordó en el transcurso de la entrevista el discurso que había pronunciado en alemán el año anterior en el Congreso Eucarístico de Budapest, y en el que dijo entre otras cosas: no es misión de la Iglesia intervenir en los asuntos y contingencias puramente terrenales, para elegir entre los diferentes sistemas y métodos que puedan ser empleados con el fin de resolver los problemas del presente.

Pasando al terreno particular, el Papa me felicitó muy cordialmente, subrayando que nuestras amistosas relaciones, que contaban treinta años, debían proseguir sin alteración.¹⁰

En su primera entrevista con Bergen, Pío XII insiste en su profunda simpatía por Alemania, que data de los trece años que pasó en dicho país como nuncio apostólico. Esta declaración se repetirá a menudo en los años siguientes. Además, el soberano pontífice deja entender claramente que el régimen político instaurado por Hitler le parece tan aceptable como puedan serlo otros.

Defendiendo en primer lugar los intereses de la Iglesia, es evidente que el Papa desea obtener por medio de la más extremada conciliación lo que la firmeza de su predecesor no había podido lograr.

El 6 de marzo, Pío XII dirige a Hitler la carta siguiente:

Habiendo sido elevado al solio pontificio tras un escrutinio regular del Colegio cardenalicio, Nos hemos considerado oportuno informaros, en vuestra calidad de jefe del Estado, de Nuestra elección.

Al propio tiempo Nos deseamos, desde el comienzo de Nuestro Pontificado, expresar la voluntad de permanecer unido por los vínculos de una profunda y benevolente amistad con el pueblo alemán confiado a vuestros cuidados. Invocando al Dios Todopoderoso, Nos ansiamos paternalmente para este pueblo aquella auténtica felicidad que sólo la religión puede alimentar y aumentar.

Ya durante los largos años, tan gratos a Nuestra memoria, que Nos hemos pasado en Alemania como nuncio apostólico, hicimos cuanto se hallaba en Nuestro poder para establecer amistosos contactos entre la Iglesia y el Estado, con un espíritu de mutua comprensión y de franca colaboración, en interés de ambas partes. Después hemos tratado de contribuir de modo satisfactorio a la aplicación de todo lo que se había establecido.

Con mucho mayor ardor todavía Nos deseamos tender a este fin, hoy, cuando las responsabilidades de Nuestro cargo pastoral aumentan Nuestras posibilidades al mismo tiempo que Nuestros deseos.

Formulamos también el voto de que este gran deseo Nuestro en pro de la prosperidad del pueblo alemán y de su progreso en todos los dominios reciba de Dios su pleno cumplimiento.¹¹

Como indica monseñor Giovanetti, uno de los historiadores oficiales de Pío XII, «tanto por su longitud como por los sentimientos que expresaba (esta carta), difería totalmente de otras cartas oficiales expedidas por el Vaticano en la misma fecha».¹²

La carta dirigida al Führer, así como la primera entrevista entre Pío XII y Bergen, indican la naturaleza de las relaciones que el nuevo Papa pretendía establecer con el Reich; no obstante, el 11 de marzo nombra secretario de Estado al cardenal Maglione quien, durante varios años, había sido nuncio en París. Bergen explica el verdadero alcance de este gesto en un comunicado que manda el mismo día:

El cardenal Maglione, nombrado por el Papa para el cargo de secretario de Estado, me es bien conocido desde hace años, cuando cuidaba de las minutas en la secretaría de Estado del Papa, siendo más tarde nuncio en Berna y París. Es persona inteligente y sagaz y no carece de comprensión para con las nuevas tendencias de nuestro tiempo. Siempre se ha esforzado en mantener buenas relaciones con la Embajada y, en sus conversaciones con nosotros, nunca ha ocultado sus sentimientos amistosos hacia Alemania. Cuando fue nombrado nuncio en París, Francia quiso oponerse al nombramiento a causa de sus sentimientos al parecer germanófilos. No obstante, gracias a su habilidad diplomática, consiguió establecer bien pronto excelentes relaciones con importantes personalidades francesas. La prensa francesa se cree hoy obligada a calificarlo de gran amigo, igual que a Pío XII, pero yo estoy convencido de que se esforzará en seguir la trayectoria adoptada por Pío XII, o sea la que conduce a un arreglo con Alemania.

Me permito recomendar que la prensa observe una reserva benevolente al hablar de Maglione.¹³

El juicio que Bergen ofrece sobre la personalidad de Maglione y sus probables tendencias políticas no presenta particular importancia, pues es lógico suponer que un Papa tan bien informado de los problemas políticos y diplomáticos como Pío XII se encargaría personalmente de asumir todas las decisiones trascendentales, relegando al secretario de Estado a funciones secundarias.

El 13 de marzo, Bergen comentaba así la carta que el Papa había dirigido a Hitler:

El tono general de la carta del Papa Pío XII al Führer y canciller del Reich para anunciarle su elección, y remitida hoy por el secretario de legación Picot sin más formalidades debido a la premura del tiempo, es infinitamente más amable que el de la carta que el Papa Pío XI había dirigido al entonces presidente del Reich. (Instrucción IE 1476 del 23 de

marzo de 1922.) Conviene señalar en particular el deseo de cooperación que el Papa expresa de nuevo en esta ocasión.

La versión alemana de la carta revela la mano del Papa; según informaciones dignas de crédito se ha reservado expresamente el manejo de todos los asuntos alemanes.

La carta de Pío XII al Führer evoca el recuerdo de la que León XIII mandó al emperador Guillermo I en febrero de 1878, a la mañana siguiente de su elección como sucesor del fanático Pío IX, y en la que aseguraba lamentar, al tomar posesión de su trono, no encontrar ni rastro de las buenas relaciones que habían existido en otro tiempo entre Prusia y la Santa Sede. Las cartas que, en el cambio de correspondencia que siguió, fueron enviadas a León XIII (con el visado de Bismarck), por el emperador Guillermo y por el Kronprinz, representando a su padre herido en un atentado, ponían enérgicamente de relieve la independencia y los intereses del Estado; pero, al propio tiempo, inauguraban con lentitud y mediante palabras conciliadoras, el final, todavía lleno de sobresaltos, de la *Kulturkampf*.¹⁴

El 17 del mismo mes, Bergen añade nuevos detalles referentes al significado de la carta de Pío XII al Führer:

El Papa me ha dado a entender que el Führer era el primer jefe de Estado a quien había informado de su elección al papado; también hizo excepción al protocolo habitual cuando no sólo firmó—como es costumbre—la carta redactada en latín, sino también el texto alemán, que no debía ser considerado como una simple traducción. Al obrar de este modo, quiso hacer comprender su actitud de simpatía hacia Alemania y sus deseos de paz.

El nuevo cardenal secretario de Estado, Maglione, al que hasta hoy no he hecho mi primera visita, me ha recibido con marcada cordialidad. Sin entrar en detalles, ha declarado, al aludir a las relaciones germano-vaticanas, que yo conocía sus deseos y esperaba que éstos se convertirían en realidad en un futuro bastante próximo, a pesar de las dificultades existentes que él no ignoraba.

El *Osservatore Romano* ha recibido instrucciones de abstenerse de atacar al gobierno alemán. En efecto, desde hace poco ya no se publican comentarios antigermanos.

Teniendo en cuenta la actitud llena de buena voluntad de la Curia, dejo en sus manos la misión de juzgar si se debe recomendar a la prensa que siga observando una objetividad reservada con respecto a los asuntos del Vaticano, tanto más si se tiene en cuenta que aquí se es muy sensible a dicha actitud, y no digamos en los medios italianos. De momento, no es cuestión de tomar otras medidas.¹⁵

Se observa que el embajador Bergen, a pesar de destacar el cambio fundamental de la política de la Santa Sede en lo que al Reich se refiere, mantiene todavía una cierta reserva. Sabe, sin duda, que Berlín no adoptará medidas favorables en el campo de la política eclesiástica, y sobre todo que no modificará la virulencia de la lucha que ha emprendido contra las escuelas confesionales. Trata de conseguir que el Ministerio de Propaganda no reanude los ataques contra el Vaticano, tan habituales en tiempos de Pío XI. Al margen del telegrama de Bergen, el secretario de Estado para el Exterior, Weizsäcker, llama la atención de Aschmann, jefe del departamento de prensa del ministerio, sobre la pregunta siguiente: «Ministro Aschmann, ¿será aceptada esta sugerencia? Weizsäcker (20.3)». A la mañana siguiente, Aschmann añade en el margen del mismo documento: «Herr Zeileisen, carta al Ministerio de Propaganda del Reich. Aschmann (21.3)», y después para conocimiento de Weizsäcker: «Petición cursada a este efecto al Ministerio de Propaganda del Reich. Aschmann (21.3)». ¹⁶ De hecho, los ataques contra el Papa y el Vaticano no tardarán en desaparecer de las páginas de los periódicos alemanes.

El 15 de marzo ocupan Checoslovaquia. El 22, Bergen escribe:

Para información confidencial. Me entero de fuente segura que se han realizado tentativas, en especial por parte francesa, para inducir con ur-

gencia al Papa a que se adhiera a las protestas de los Estados democráticos contra la anexión de Bohemia y Moravia al Reich. El Papa ha rechazado con toda firmeza tales peticiones y ha dado a entender a quienes le rodean que no veía motivo para intervenir en un proceso histórico en el que la Iglesia no estaba interesada desde un punto de vista político.¹⁷

Es posible que hubiese tenido lugar una gestión franco-británica ante la Santa Sede para conseguir que el Papa se uniese a las protestas de las democracias contra el desmembramiento de Checoslovaquia por parte del Reich, pero no se halla ni rastro de ella en las memorias de Charles-Roux, embajador de Francia en el Vaticano, ni en los documentos diplomáticos británicos. Sin embargo, este hecho no resta nada al carácter singular de las afirmaciones que Bergen atribuye al soberano pontífice. El cambio introducido en la política de la Santa Sede con respecto al Reich, después de la muerte de Pío XI, es puesto una vez más en evidencia. Cuando la anexión de Austria por el Reich, proceso que a mucha gente hubiera podido parecer normal, Pío XI obligó al cardenal Innitzer, jefe del episcopado austríaco—quien había ordenado a los obispos y al clero local votar a favor del Anschluss—, a una retracción pública y humillante. Por otra parte, Bergen había comentado el hecho en un mensaje fechado el 6 de abril de 1938.

Me he enterado confidencialmente—escribió el embajador del Reich—de que el comunicado que debe aparecer esta tarde en el *Osservatore Romano* ha sido arrancado al cardenal Innitzer mediante coacciones que sólo cabe calificar de chantaje. Innitzer se ha defendido hasta el límite de sus fuerzas pero sólo ha podido obtener ligeras concesiones. En este asunto, el Papa se ha dejado guiar de nuevo por la malsana irritación contra Alemania...¹⁸

Muy distinta es, por consiguiente, la actitud de Pío XII. Sin embargo, la liquidación de Checoslovaquia provocó un viraje total en la mayoría de los partidarios de la reconciliación con el Reich. El cambio de política del sucesor de Pío XI se hizo aún más acusado cuando, un mes después de la entrada de las tropas alemanas en Praga, se dirigió a un grupo de peregrinos alemanes:

A juzgar por mis informes—escribe Bergen el 25 de abril—el Papa Pío XII ha recibido anteayer en audiencia a 160 peregrinos alemanes que visitaban Roma. En dicha ocasión pronunció una breve alocución en alemán que, según relatos de oyentes alemanes e italianos, contenía un párrafo que venía a decir más o menos lo siguiente:

Hemos amado siempre a Alemania, donde Nos hemos tenido el privilegio de pasar varios años de Nuestra vida, y hoy la amamos aún más. Nos alegramos de la grandeza, el esplendor y el bienestar de Alemania y sería una falsedad pretender que no deseamos una Alemania floreciente, grande y fuerte. Pero, por esta misma razón, Nos deseamos también que los derechos de Dios y de la Iglesia sean siempre reconocidos, pues toda grandeza tiene una base tanto más segura si estos derechos están mejor defendidos y se convierten en los fundamentos sobre los que se edifica esta grandeza.

También se me ha comunicado que el Papa ha dado la bienvenida a los alemanes con particular cordialidad y, al término de la audiencia, ha unido su voz a las suyas cuando aquéllos han entonado el cántico alemán *Grosser Gott, wir loben Dich*.¹⁹

El 2 de mayo le llega la vez al secretario de Estado Weizsäcker de anotar informaciones de origen italiano referentes a la política de Pío XII ante el Reich:

El embajador de Italia se ha referido hoy, en el transcurso de una conversación conmigo, a una observación del ministro de Asuntos Exteriores según el cual el Papa, durante una reciente alocución, había adopta-

do una actitud muy conciliadora con respecto a Alemania. Attolico me dijo después que su gobierno había sido informado por un agente italiano de que el Papa, al asumir sus funciones, había prohibido al *Osservatore Romano* prosiguiese su política de fustigar a Italia y Alemania. El Papa deseaba llegar si no a una profunda inteligencia con Alemania, sí por lo menos a un *modus vivendi* conveniente.

Attolico añadió también que cuando el Papa subió al trono pontificio envió no sólo una carta protocolaria corriente al gobierno, sino también una carta personal dirigida al Führer y escrita en alemán, lo que representaba un gesto de buena voluntad muy particular.²⁰

La información referente a las instrucciones cursadas al *Osservatore Romano* parece exacta, pues hasta varias semanas después del ataque alemán contra Polonia el órgano del Vaticano no reanudó su política de críticas contra el Reich, política que como veremos provocó diversos incidentes, para finalizar definitivamente el 16 de mayo de 1940, tras una nueva orden del Papa. En cuanto a la carta dirigida por Pío XII a Hitler, conocemos ya su contenido. El significado que le confiere Attolico confirma lo escrito por Bergen, así como las observaciones hechas por monseñor Giovanetti acerca de su particular importancia.

II. UNA TENTATIVA DE MEDIACIÓN

El 14 de abril de 1939 el presidente Roosevelt envió un mensaje a Hitler y a Mussolini, pidiéndoles se abstuvieran de toda agresión durante diez años contra treinta estados cuyos nombres cita. Unos días antes, Italia había atacado y ocupado Albania.

El mensaje de Roosevelt fue acogido favorablemente en todo el mundo, con la excepción de los países del Eje y, al parecer, del Vaticano. El 21 de abril, el embajador Bergen escribía a la Wilhelmstrasse:

El llamamiento de Roosevelt en favor de la paz es severamente criticado en los medios afectos al Vaticano. Se afirma, claro está, que toda acción en favor de la paz es acogida con simpatía... Pero Roosevelt ha cometido el error de dirigirse tan sólo a los jefes de dos gobiernos específicos, y de publicar un llamamiento unilateral. Por su mismo contenido, varios puntos del mensaje podrían merecer que éste fuese calificado de vano e incluso de pueril... El proyecto de garantía contenido en el documento es considerado también como una equivocación pues, dado el límite del tiempo sugerido, deja entrever que América pretende utilizar este período de seguridad para seguir aumentando y reforzando sus armamentos por si acaso estallara una guerra.²¹

En el momento en que Roosevelt lanza su llamamiento, Pío XII prepara por su parte una maniobra de mediación con un espíritu muy distinto al del presidente estadounidense; por consiguiente, no se excluye una reacción negativa por parte del Papa ante el proyecto americano. Monseñor Giovanetti afirma que Roosevelt había dirigido, por medio del delegado apostólico en Washington, una petición al Papa para que éste apoyase su intervención ante los gobiernos de Berlín y Roma. Según Giovanetti, Pío XII mandó contestar que «dado el estado de las relaciones diplomáticas con el gobierno alemán, una gestión de la Santa Sede sería inoportuna, pero que no dejaría de presionar al gobierno italiano».²² Pero Giovanetti (que, por lo general, no se abstiene de citar los documentos que pueden confirmar sus tesis) no menciona ninguna gestión del Papa ante Mussolini. En cambio, a principios de mayo, Pío XII envía a Hitler sus propias proposiciones, lo cual indica que el argumento de las malas relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Reich, invocado en la respuesta a Roosevelt, era sólo una excusa. El 4 de mayo, Cesare Orsenigo, nuncio apostólico en Berlín, fue recibido por el Führer en Berghof:

El nuncio manifestó al Führer que el Papa le había dado instrucciones de proponer al Führer una conferencia de las cinco grandes potencias de Europa para hallar una solución a las cuestiones políticas pendientes. El Papa estaba profundamente preocupado por la tensión reinante en Europa y deseaba hacer cuanto estuviera en su poder para evitar a la humanidad el peligro de una guerra. El objetivo de la conferencia, de la que no especificó ni forma ni naturaleza, consistiría ante todo en hallar las soluciones a los dos asuntos más urgentes, a saber: en primer lugar el problema germano-polaco, y en segundo lugar el problema franco-italiano.

El Führer rogó al nuncio que transmitiera su agradecimiento al Papa por esta sugerencia y declaró a continuación que primero tendría que ponerse en contacto con Mussolini pues no haría nada sin el beneplácito de éste. Sus relaciones con Mussolini estaban fundadas en una estrecha amistad, basada en la franqueza y la lealtad. El Duce y él actuarían al unísono.

El nuncio expresó su conformidad y declaró que el Papa se dirigiría al mismo tiempo a Mussolini.

Al examinar la posibilidad de una conferencia de aquella índole, el Führer dijo que, en realidad, él no creía en el peligro de una guerra, pues la tensión se debía más a la propaganda que a los hechos...

Siguen largas explicaciones de Hitler haciendo referencia a los problemas internacionales:

En conclusión, el Führer pidió una vez más al nuncio que expresara su sincera gratitud a la Santa Sede. Se pondría en seguida en contacto con el Duce y ordenaría al ministro de Asuntos Exteriores del Reich que tomase inmediatamente todas las medidas necesarias cuando visitara Italia. En un futuro muy cercano, daría a conocer su respuesta al Papa.²³

El proyecto del Papa, que no obtuvo ningún resultado concreto, presentaba un punto de considerable interés: Pío XII se dirige a

las cinco grandes potencias europeas que son, a su criterio, Italia, Alemania, Gran Bretaña, Francia y Polonia. Nada se dice de la Unión Soviética. Lord Halifax, ministro británico de Asuntos Exteriores, hace observar esta omisión a monseñor Godfrey, delegado apostólico:

Son muchos, declaró Halifax, los que lamentarán que Rusia haya sido excluida de la lista de potencias a las que se ha dirigido Su Santidad. El nuncio replicó que en ningún caso el Papa podía cursar semejante invitación...²⁴

La categórica respuesta de monseñor Godfrey refleja fielmente la actitud del Papa. La hostilidad hacia el bolchevismo y la Unión Soviética había determinado numerosas decisiones políticas de monseñor Pacelli cuando no era más que secretario de Estado; esa misma hostilidad tendrá una influencia decisiva en la política de Pío XII durante la guerra. El comunismo ateo había sido solemnemente condenado por Pío XI en su encíclica *Divini Redemptoris* del mes de marzo de 1937, cinco días después de la condenación de las teorías neopaganas del nacionalsocialismo; pero mientras éste último sólo era denunciado en términos relativamente moderados, la condena del régimen comunista era categórica y sin apelación.

A los fundamentos doctrinales establecidos por Pío XI, su sucesor vino a añadir una aversión personal hacia el comunismo que databa de sus «contactos» con los soviets de Baviera en el año 1919. En 1921 los describió a un corresponsal del diario *Le Mitin*:

He sido uno de los raros testigos oculares no alemanes del régimen bolchevique que dominó en Múnich en abril de 1919. Rusos auténticos se hallaban al frente de aquel gobierno soviético; toda idea de derecho, de libertad o de democracia fue suprimida; la prensa soviética era la única

admitida. La propia nunciatura fue acribillada a balazos durante el combate entre los comunistas y las tropas del gobierno republicano; espartaquistas armados entraron por la fuerza y cuando yo protesté contra aquella violación del derecho internacional, uno de ellos me amenazó con su revólver. Sé en qué odiosas condiciones fueron asesinados los rehenes.²⁵

Se concibe, pues, que Pío XII no se sintiese inclinado a invitar a la Unión Soviética a una conferencia cuya iniciativa correspondía a la Santa Sede. Por otra parte es posible que, al excluir a Moscú del encuentro previsto, el soberano pontífice persiguiese un objetivo diplomático inmediato: a partir del mes de abril de 1939 se iniciaron negociaciones entre las potencias occidentales y la Unión Soviética con vistas a la firma eventual de un acuerdo de defensa. Tales negociaciones no eran tan secretas como los primeros contactos entre Berlín y Moscú. La Santa Sede no podía ver con buenos ojos una vuelta de la Unión Soviética al escenario europeo, de donde había sido expulsada por los acuerdos de Múnich. Una conferencia a la que no fueran invitados los soviéticos podría devolverlos al aislamiento que estaban a punto de romper.

Pero todo esto no son más que hipótesis. Ante todo, parece que Pío XII buscaba un medio para salvaguardar la paz. Su proyecto fracasó.

El 8 de junio, Bergen fue recibido por el Papa en audiencia privada. A la mañana siguiente, escribía a Ribbentrop.

Señor ministro:

La audiencia privada que nos fue acordada ayer a mi esposa y a mí—y a la que, a petición mía, asistí yo solo durante los primeros minutos—me dio la oportunidad de expresarme de acuerdo con sus instrucciones.²⁶ El Papa se mostró tan interesado y encantado ante la idea

de una posibilidad de apertura de relaciones amistosas entre nosotros y la Curia que prolongó una y otra vez nuestra conversación, haciendo esperar más de media hora al ministro español Serrano Suñer y a una delegación de legionarios españoles.

La conversación versó sobre distintos temas. Yo hablé del modo siguiente: las declaraciones del Papa, diversas iniciativas, el envío de su felicitación con ocasión del 50 aniversario del Führer, su alocución a los peregrinos alemanes de la que usted ya tiene noticia, etcétera, nos han dado la impresión y han fomentado la esperanza de que se abría una nueva época en las relaciones germano-vaticanas. Según la opinión de usted, era perfectamente posible que la Iglesia y el Estado coexistieran pacíficamente. Si los esfuerzos del Vaticano tendían hacia ese objetivo, nosotros también nos mostraremos favorablemente dispuestos. Tal como usted me ordenó, he indicado que la eliminación de la actual atmósfera de amenaza y la gradual creación de relaciones de confianza eran de primordial importancia. El buen entendimiento, hoy ya perceptible, debería ir en aumento y la tregua de prensa podría coadyuvar a ello con gran eficacia.

Si el ambiente se distendiera se podría iniciar un intercambio de puntos de vista privado y sin compromiso, y si éste evolucionase favorablemente, podría ir seguido de conversaciones más detalladas y tal vez de negociaciones. Usted había autorizado ya estas sugerencias en principio, pero concediendo gran importancia al secreto; una indiscreción podría provocar un retraso de cinco o diez años; todas las noticias indiscretas serían desmentidas categóricamente.

El Papa me pidió le comunicase que él estaba siempre dispuesto a preparar el camino para establecer relaciones de amistad con Alemania, un país por el que tenía gran afecto, como tantas veces había manifestado. Podemos estar seguros de la discreción de la Curia. Sería una gran satisfacción si, en espera de un arreglo de carácter general, pudieran ser evitadas nuevas «medidas severas». (Es evidente que se refería en especial a Austria.) Como usted, el Papa tiene al parecer la idea de una especie de tregua (*Burgfriede*) durante un período de transición. El Papa expresó su inquietud con respecto a la situación internacional sin entrar en detalles...²⁷

Es interesante observar la insistencia de Bergen sobre la necesidad de guardar secreto absoluto acerca de todo acercamiento eventual. Parece como si Ribbentrop se diese cuenta de la importancia del apoyo del soberano pontífice en la crisis internacional cada vez más grave; tal vez estuviese dispuesto a conceder ciertas promesas generales referentes a la política eclesiástica del Reich, pero temiendo las reacciones que provocaría un paso atrás de tamaña envergadura si se enteraban de él sus enemigos más encarnizados en el seno del partido, los más inflexibles también en su hostilidad contra el Vaticano, o sea Goering y sobre todo Goebbels y Rosenberg. De todos modos, la maniobra de Ribbentrop fue hábil pues la Santa Sede apoyó a la diplomacia del Reich en las últimas semanas de la crisis polaca, juzgando sin duda que era el único medio de mantener la paz.

III. LA SANTA SEDE Y LA CRISIS POLACA

A principios del verano de 1939, las relaciones entre Berlín y Varsovia se agravaron notablemente. Ya en marzo Alemania había comenzado a exigir que Dantzig fuese devuelto al Reich. Es lógico suponer que sólo se trataba de un primer paso que, como en el caso de Checoslovaquia, iría seguido de nuevas reivindicaciones y que éstas, tarde o temprano, provocarían el total sometimiento de Polonia. El coronel Beck opuso una negativa categórica a las peticiones de Hitler. El 31 de marzo Inglaterra y Francia garantizaron las fronteras polacas. Por lo tanto, todo ataque contra este país podía significar una guerra general en Europa.

El 20 de junio, el director del departamento político de la Wilhelmstrasse, Woermann, telegrafiaba al embajador Bergen:

Según informaciones publicadas por periódicos extranjeros, el nuncio en Varsovia está a punto de partir, o ha partido ya, hacia Roma para co-

municar al Papa la respuesta polaca a su iniciativa de paz. Al parecer, el nuncio ha sostenido durante estos últimos días repetidas entrevistas con el ministro polaco de Asuntos Exteriores sobre la cuestión de Dantzig y la posibilidad de un arreglo pacífico. Los medios católicos polacos se muestran favorables a una mediación del Vaticano. En Varsovia se cree que si el Vaticano queda satisfecho del informe del nuncio emprenderá seguidamente una gestión en Berlín.

Le ruego me mande un informe telegráfico.

Para su propia información: mediante una fuente altamente confidencial nos enteramos de que el nuncio en Varsovia ha sido encargado de recomendar de nuevo, con toda delicadeza, comprensión y moderación con respecto a Alemania. No es posible utilizar esta información.²⁸

El mismo día Bergen contestaba que monseñor Cortesi, nuncio en Varsovia, acababa de llegar a Roma siendo recibido inmediatamente por el cardenal secretario de Estado. Los detalles de la entrevista no se conocen aún.²⁹

El despacho de Woermann permite comprobar la exactitud de las informaciones llegadas a Berlín. Recuérdese el último párrafo referente a los consejos de moderación dados a los polacos por monseñor Cortesi. Monseñor Giovanetti revela que la Santa Sede había recibido la confirmación por parte de Ciano de que Alemania no pretendía atacar a Polonia. «Por este motivo—escribe Giovanetti—el Vaticano hizo saber el 6 de junio de 1939 que en aquellos momentos Alemania no tenía la intención de atacar a Polonia, y le rogó que reiterase ante el gobierno polaco los consejos de prudencia que ya le había dirigido con anterioridad el Papa».³⁰ En cambio, es un hecho manifiesto que las informaciones de la prensa según las cuales Varsovia deseaba la mediación del Papa eran falsas. Muy al contrario, parece que la «ligera» presión ejercida por la Santa Sede irritó a los polacos.

El 23 de junio, Von Moltke, embajador del Reich en Varsovia,

comunicó informaciones más precisas sobre las relaciones entre el nuncio y el coronel Beck:

El embajador de Italia en Varsovia conoció al nuncio Cortesi pocos días antes de partir éste para Roma, el 17 de junio. El nuncio, que tenía un aspecto muy apesadumbrado, declaró que a causa de la actitud intransigente de los polacos no veía ninguna posibilidad de compromiso. En realidad, esta entrevista tuvo lugar antes de la última conversación del nuncio con Beck y antes de su audiencia con el presidente. Sin embargo, según las informaciones recibidas hasta el momento, no hay motivos para suponer que en dichas conversaciones hayan tenido lugar nuevos cambios. Dirigiéndose a uno de nuestros hombres de confianza, el conde Szembek ha proferido hoy varias críticas referentes a las gestiones emprendidas por el Vaticano hace un mes, *gestiones evidentemente emprendidas de conformidad con las de Berlín*;³¹ cuando se le preguntó si se esperaba una nueva iniciativa por parte de la Santa Sede, contestó que el Vaticano manifestaba a veces un optimismo muy singular.³²

La política vaticana fue precisándose en el transcurso de los días siguientes; al recordar la entrevista entre Pío XII y Bergen el 9 de junio surge la pregunta de si las informaciones que el 7 de julio obtuvo sir Percy Loraine (embajador de Inglaterra en Roma) del consejero de la Embajada soviética en la misma capital no correspondían a los cálculos de la Santa Sede:

...En lo que se refiere al Vaticano y a Dantzig—escribe sir Percy Loraine—, Helfand cree que en el Vaticano se han preparado ya proposiciones concretas y que éstas han sido probablemente sometidas a Berlín y a Varsovia. Polonia debería admitir no sólo que Dantzig fuese una ciudad alemana, sino también que fuera devuelta al Reich; en este caso, Hitler estaría dispuesto a que la anexión formal de Dantzig al Reich se demorase diez o incluso doce meses para permitir que Alemania y Po-

lonia llegasen entretanto a un arreglo amistoso sobre las modalidades de la transferencia.

Helfand me dijo también, ayer por la tarde, que el Vaticano había emprendido ya negociaciones con Alemania para regularizar la posición de la Iglesia católica en el Reich; según él, el Vaticano estima que el éxito de su mediación entre Alemania y Polonia en la cuestión de Dantzig serviría en gran manera para sus propias negociaciones con Alemania...³³

Informado de estos conceptos por Osborne, embajador de Inglaterra ante la Santa Sede, el cardenal secretario de Estado desmintió categóricamente la existencia de planes semejantes y explicó a Osborne que «en realidad, la Santa Sede no ha hecho más que recomendar moderación a Varsovia».³⁴ La verdad diferiría un poco si tuviéramos que atenernos a las memorias del coronel Beck:

Las iniciativas de la Santa Sede fueron aciagas—escribe Beck—. Por instigación de monseñor Orsenigo, nuncio en Berlín, el Papa me hizo llegar a través de monseñor Cortesi un mensaje confidencial en el que me sugería que Polonia ofreciera un régimen favorable a las minorías alemanas e hiciera proposiciones concretas a este respecto. Yo respondí que estas cuestiones habían sido ya discutidas en el pasado entre nosotros y el gobierno del Reich, pero siempre sobre una base de reciprocidad, y que por consiguiente no podíamos tomar en consideración esa sugerencia a no ser que fuese presentada simultáneamente y de una manera idéntica a Berlín y que la Santa Sede nos informara de que el gobierno del Reich estaba dispuesto a contraer compromisos de la misma naturaleza. El nuncio no volvió a tocar ese tema.

En los últimos días de agosto, el Papa volvió a dirigirse a nosotros, explicándonos que la cesión de Pomerania y Dantzig podía salvar la paz. Respondí que si se hiciese pública esta gestión se ofenderían los más vivos sentimientos de la mayoría de la población católica de nuestro país. Añadí que nuestra postura había quedado claramente definida

y que me remitía a la discreción de la Santa Sede para decidir si ésta quería o no que su gestión fuese hecha pública. Después, el nuncio me dio las gracias por haber enfocado la cuestión de ese modo.³⁵

El informe de Beck queda confirmado por un despacho que Osborne envió el día 30 de agosto a Halifax, así como por las líneas que el conde Szembeck, subsecretario de Estado polaco en el Ministerio de Asuntos Exteriores, anotó en su diario con fecha del 31 de agosto. En conjunto, esos textos indican la insistencia con la que, menos de un año después de Múnich, el Vaticano intentaba una experiencia idéntica.

El 30 de agosto el embajador Osborne informó a Londres de que el cardenal Maglione acababa de comunicarle el contenido de un telegrama remitido a Varsovia:

El telegrama destaca—escribe Osborne—que el Vaticano ha sido informado de que si Hitler obtiene seguridades de que Dantzig será devuelto al Reich, estará dispuesto a negociar sobre los problemas del pasillo y de las minorías, así como a conceder facilidades económicas para Polonia en Dantzig. El nuncio ha recibido instrucciones para presentar este informe a la inmediata atención personal del presidente de Polonia y comunicarle que el Papa recomienda dicha información para que la examine con el mayor detenimiento.³⁶

A la mañana siguiente, el conde Szembeck anotó en su diario:

Entrevista con monseñor Cortesi: a causa de la extrema gravedad de la situación, que amenaza con provocar inmediatamente la guerra, la Santa Sede le ha recomendado manifestar que había recibido, de fuentes de toda confianza, informaciones según las cuales si Polonia daba a entender que estaba dispuesta a entablar conversaciones directas con el Reich y no se oponía a la devolución de Dantzig a Alemania, la guerra podría ser evitada. La Santa Sede considera que unas eventuales conversacio-

nes germano-polacas podrían tratar de: 1) el retorno de Dantzig al Reich, junto con la seguridad de que serían acordadas facilidades comerciales a Polonia en la ciudad libre; 2) las cuestiones referentes al «pasillo»; 3) los asuntos que conciernen a las minorías alemanas en Polonia.

En lo que se refiere al segundo punto, he preguntado al nuncio si se trataba de reivindicaciones territoriales del Reich o bien únicamente de facilitar las comunicaciones entre la Prusia oriental y el resto de Alemania. Monseñor Cortesi me ha respondido que no lo sabía con certeza, y que este punto podría ser precisado por el gobierno polaco. El nuncio ha subrayado seguidamente que la Santa Sede se hallaba informada con exactitud del punto de vista que el gobierno polaco mantenía acerca de la situación. No obstante, dado el peligro de guerra, él estimaba que sería contrario a sus obligaciones el zafarse del deber de comunicar estas informaciones. Al obrar de este modo, la Santa Sede desea recalcar que le mueve únicamente el afecto especial que profesa a Polonia y el gran temor que le inspira el peligro de guerra.

La Santa Sede sabe también que si, después de haber precisado su actitud, el gobierno polaco se mostrase dispuesto a entablar conversaciones con Berlín y el Reich las rehusara, todo el mundo se apartaría de Alemania y ésta perdería incluso el apoyo de los que hasta el momento la han sostenido.

Entrevista con Beck: le he informado de mi conversación de hoy con el nuncio; observo en todo ello la presencia de la mano de Mussolini. El ministro se ha mostrado enteramente opuesto a este género de mediación.³⁷

Parece también como si el Papa hubiera pensado en intervenir directamente sin consultar a los polacos. El 29 de agosto el Führer declaró estar dispuesto a negociar si los polacos enviaban un plenipotenciario en un plazo de veinticuatro horas. Era un ultimátum que los polacos no podían aceptar y cuya admisión no podían recomendar los ingleses, a pesar de que ellos transmitieron el

texto a Varsovia. El 30 de agosto Weizsäcker anotó en un memorándum dirigido a Ribbentrop:

El embajador de Italia me ha comunicado este mediodía que se había enterado a través del embajador de Inglaterra que en caso de no presentarse en Berlín ningún plenipotenciario polaco, tal vez se podría contar con una nueva iniciativa del Papa. Esta podría contener sugerencias positivas basadas en la propuesta hecha por el Führer la pasada primavera. Attolico me ha pasado esta noticia únicamente a título de información...³⁸

Finalmente, no tuvo lugar ninguna iniciativa pontificia en este sentido. El día primero de septiembre los alemanes atacaban Polonia.

Los primeros meses del pontificado de Pío XII coincidieron con los últimos meses de paz en Europa. Desde un principio, el soberano pontífice se encontró ante un dilema dramático: ansioso por salvaguardar los intereses de la Iglesia en Alemania y deseoso de contribuir al mantenimiento de la paz, no vio otro camino que una política de extrema conciliación con el Reich. En consecuencia, hubo de adoptar con respecto a la Alemania nazi una actitud muy parecida a aquella otra a la que se ha asociado durante tantos años el nombre de Chamberlain. Pero en marzo de 1939 el primer ministro británico había mudado de parecer, en tanto que Pío XII, esperando que un diálogo con Hitler seguía siendo posible, se lanzaba por un camino de imprevisibles salidas.